



A 50 años de *Conversación en La Catedral*

por José Güich

¿Estamos condenados los peruanos? ¿Existirá alguna forma de destrabar nuestra medianía? La literatura solo existe para sacudirnos del peligroso letargo.

Todo dictador tiene su sombra nefasta: ella opera en la oscuridad, mueve hilos, reprime a los opositores y dirige redes de propaganda psicosocial que amedrentan a una ciudadanía temerosa; esta, muchas veces, cae fácilmente en la telaraña. La historia política del continente está plagada de estas figuras que, en general, suelen ser más hábiles que sus amos en la edificación de tinglados

en apariencia estables, sólidos y destinados a perdurar cual "Reich de mil años". En 1969, se publicó una de las piezas novelísticas más importantes en la producción de Mario Vargas Llosa. *Conversación en La Catedral* es, en efecto, una de las cumbres de la novela peruana e hispanoamericana sobre dictaduras: recrea con vigor el envilecimiento, el alquiler de las conciencias, el clientelismo y

la podredumbre que ellas acrean para un país. Su escenario es el llamado "Ochenio", un quiebre de la institucionalidad iniciado en 1948 por el general Manuel A. Odría, tras un socavamiento por parte de la oposición aprista al orden democrático representado por Bustamante y Rivero. La demolición, articulada desde el Congreso, implicó la emergencia de una nueva y "vieja" tira-

nía en el Perú. El régimen cayó en 1955 luego de una sublevación en Arequipa. Fue un renovado augurio sobre el siempre incierto futuro del Perú, es decir, nuestro presente, infestado casi por los mismos problemas que nos impiden, cual marca atávica, ser una “República Superior”.

En la historia vargasllosiana, verdadera proeza arquitectónica, el dictador se apoya en un personaje ficticio que responde al nombre de Cayo Bermúdez, o en lenguaje más llano, Cayo Mierda. Es una auténtica encarnación del esbirro encargado de los trabajos de albañal o de alcantarilla que su patrón nunca reconocerá. No hay que ir muy lejos para saber que Bermúdez no es del todo una

creación imaginaria -nada lo es en literatura-. Para su perfil o ficha técnica, el novelista se inspiró en un despreciable Ministro de Gobierno (hoy, del Interior) que Odría, “el General de la Alegría”, colocó para torturar, asesinar o bien exiliar a todo disidente del régimen. Se llamaba Alejandro Esparza Zañartu (1901-1985). Derrumbado el Ochenio, se fue tranquilamente a casa, sin ninguna acusación oficial ni alguna denuncia que lo llevara a juicio.

Su alter ego de la ficción, Bermúdez, es, sin duda, tan repugnante y odioso como el original, y hace honores a su escatológico apelativo: corrupto, esquizoide, intrigante, operador hábil y reclutador de

la peor escoria de la sociedad peruana con el fin de impedir que cualquier voz contraria a la del Líder y su maquinaria se haga sentir con fuerza.

Cayo Mierda es prefiguración de Montesinos, el ujier de Fujimori durante una dictadura maquillada de institucionalidad. ¿Estamos condenados los peruanos? ¿Existirá alguna forma de destrabar nuestra medianía y liberarnos de los Bermúdez que parecen salirse de las páginas de grandes libros para amenazarnos con su garrote? La literatura no advierte, enseña o moraliza. Solo está ahí, a manera de válvula de escape para las pesadillas y lastres que nos obnubilan. Existe para sacudirnos del peligroso letargo.

